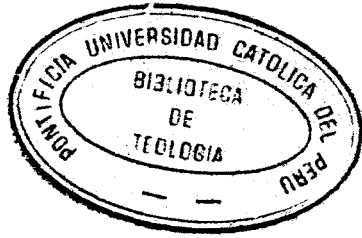


# **cinco años de medellín 1968 - 1973**

**rolando ames  
gustavo gutiérrez  
mons. germán schmitz**

**DEPARTAMENTO DE TEOLOGIA  
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU**

X  
39  
068  
3



# **cinco años de medellín 1968 - 1973**

**rolando ames  
gustavo gutiérrez  
mons. germán schmitz**

**DEPARTAMENTO DE TEOLOGIA  
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU**



# PRESENTACION

*Como cristianos hemos aprendido a apreciar el tiempo y valorar el recuerdo. Nuestro presente no es la fase momentánea de un eterno retorno sino la marcha hacia el futuro. En esta marcha, al lado de lo cotidiano, está lo extraordinario, lo que marca jalones o etapas del camino. Gracias a estos momentos significativos podemos encontrar un sentido, una dirección. Medellín es signo de un proceso vivo, latente, del despertar de la Iglesia latinoamericana a su madurez.*

*Medellín significa además la presentación de una teología propia, original, latinoamericana. El Departamento de Teología de la Universidad Católica del Perú ha querido sumarse a las comunidades cristianas que han celebrado el 50. aniversario de Medellín con dos conferencias y un panel, recogidos en este escrito.*

*La primera conferencia sitúa el significado de Medellín como visión de la realidad latinoamericana, a la luz de la perspectiva de cinco años que muestran cambios fundamentales en la interpretación y en la realidad de nuestro continente. La segunda puntualiza los aportes más valiosos de Medellín para la conciencia eclesial y la reflexión teológica. El panel interpreta el significado de Medellín para nuestra propia Iglesia peruana.*

*Medellín no es sólo un acontecimiento del pasado, es también una tarea y un programa aún por realizar. Este alto en el camino nos permitirá renovar la esperanza y reiniciar la marcha en la dirección señalada, abriéndonos a sucesivas novedades en la historia que permitan ir más lejos aún en nuestra visión y compromiso. Medellín, entonces, no habrá sido un recuerdo inútil si nos preparó para la autenticidad y la fidelidad al proceso de nuestros pueblos.*

*Ricardo Antoncich S.J.  
Jefe del Departamento de Teología*

*Lima, setiembre de 1973*



# \* iglesia y realidad social latinoamericana en medellín

Rolando Ames

## Una perspectiva histórica

En 1899 se reúne el "Concilio Plenario de la América Latina", Roma. La Organización es totalmente vaticana. Asisten 14 Arzobispos y 40 Obispos de la región. Es Papa, León XIII. Los grandes temas del trabajo sinodal son: "La mayor gloria de Dios; la defensa y propagación de la fe católica; el aumento de la religión y la piedad; la salvación de las almas; el esplendor de las Iglesias; el decoro y disciplina del clero y la dignidad, defensa y ampliación de vuestro mismo Orden Episcopal".

Hernán Parada, sacerdote chileno comentando esta primera reunión del Episcopado Latinoamericano dice: "La lectura de las Actas y Cánones de este pretérito Concilio deja la impresión de algo muy lejano e irreal. Aparece —debidamente organizado— el uso del incienso; el número de las genuflexiones; el color de los ornamentos, etc." (1).

El propio Parada cita la principal recomendación de ese Concilio sobre "la cuestión social": "Por lo que toca en particular a los obreros les encarecemos en Jesucristo, que, tanto los operarios como los patrones, observen religiosamente los preceptos de la justicia y de la caridad. Nada maquinen aquéllos en daño o detrimento de los amos y vean por los derechos de los dueños; paguen éstos a aquéllos el salario justo, es decir, que sea suficiente para su congrua sustentación y proporcionado a sus trabajos".

En 1955 ocurre la segunda reunión en la historia de la Jerarquía latinoamericana. Lleva el nombre de "Primera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano" y se reúne en Río de Janeiro. Iniciativa y preparación también romanas. Es Papa, Pío XII. El tema escogido es "El Clero".

---

\* Artículo publicado en el Boletín PAGINAS No. 34

(1) PARADA, Hernán: "Crónica del Pequeño Concilio de Medellín".  
Secretaría de Estudios de ISAL, Santiago, Chile, julio 1973.

El contexto ideológico es aún suficientemente distinto al actual como para que podamos leer en una de las recomendaciones, el aliento a que los Superiores de Ordenes religiosas "trasladen a América Latina el personal desplazado de los territorios que están bajo el dominio comunista. Con esto aumentaría el personal para rechazar la influencia que pueden ejercer en nuestros pueblos los pastores protestantes que, desplazados de los territorios mencionados, están siendo enviados, en número alarmante, a América Latina".

Sin embargo los Obispos en Río, manifiestan una percepción mucho más real y una mayor capacidad de expresión sobre los problemas sociales. En las Conclusiones se lee: "Muchos de sus habitantes (de América Latina) y especialmente entre los trabajadores del campo y de la ciudad, viven todavía en situación infrahumana.

"De este modo especial observamos la honda y rápida transformación que sufren las estructuras sociales de América Latina, a causa del intenso proceso de industrialización que se inicia y la necesidad que el pensamiento cristiano, tan a menudo ausente de ellas, las informe y anime".

Uno de los acuerdos de esa reunión es la creación del "Consejo Episcopal Latinoamericano" (CELAM), definido oficialmente como "órgano de contacto y colaboración de las Conferencias Episcopales Latinoamericanas". (2).

1968 - MEDELLIN - Colombia. Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Iniciativa de los Obispos Latinoamericanos reunidos en Roma bajo la presidencia de Monseñor Larraín de Chile, con ocasión de la 4a. y última Sesión del Concilio Vaticano II. Organización del CELAM con participación y aprobación romana. A la reunión asisten como "miembros efectivos" equipos permanentes del CELAM y sacerdotes diocesanos de la región.

El propósito inicial fue revisar y actualizar para América Latina, la aplicación de los documentos o Constituciones del Concilio Vaticano II. El texto final lleva un título significativo: "Presencia de la Iglesia en la actual Transformación de América Latina".

En síntesis tenemos: en 1899 percepción del propietario como amo, justificación de un salario "suficiente para una congrua sustentación"; en 1955 señalamiento de una clamorosa situación concreta de masas latinoamericanas, viviendo en condiciones infrahumanas; reconocimiento que no ha habido un pensamiento cristiano que oriente y anime el mundo económico social; en 1968 denuncia que América Latina se encuentra, en muchas partes, en una situación de violencia institucionalizada, sometida al imperialismo internacional del dinero, sufriendo opresión ejercida por los grupos de poder; reflexión en fin sobre la significación de las injustas desigualdades sociales como un rechazo de la paz del Señor, "más aún un rechazo del Señor mismo..." Esta es la tendencia de cambio que encontramos en la visión de la autoridad eclesial latinoamericana hasta Medellín...

---

(2) Todas las referencias históricas son tomadas del texto antes citado.

## Visión de la realidad latinoamericana en Medellín

Al estudiar la visión de la realidad encerrada en los documentos finales de Medellín tenemos que tener en cuenta ciertas condiciones previas: un documento eclesial no puede ser como tal un texto científico-social, ni lo pretende. Es verdad que la evangelización no puede desligarse de las condiciones histórico-sociales en que vive el hombre; es verdad que la unidad de la historia humana y salvífica afirmada en el propio Medellín, impone un partir, para la reflexión teológica y la acción pastoral, de los datos concretos de la realidad social correctamente interpretados. Todo ello no quita que el trabajo de revisión de esa realidad, que es el necesario punto de partida, esté marcado por el carácter no-especializado de quienes lo realizan y sobre todo por las preocupaciones valorativas que se intercalan en la dinámica de la discusión. Todo ello se expresa en los documentos finales. La forma en que ellos se organizaron no facilitó tampoco una exposición más unificada y sistemática de la realidad social latinoamericana.

Los documentos que encierran más referencias al tema de nuestro comentario son los de la primera de las tres partes en que está organizado el documento final. Estos documentos llevan como título general "Promoción Humana". (Las otras dos partes se titulan "Evangelización y crecimiento de la fe" y "La Iglesia visible y sus estructuras"). De los 5 documentos de la primera parte, hemos centrado nuestro comentario, por obligados límites de extensión en los dos primeros: Justicia y Paz respectivamente. No hacemos alusión directa a los otros tres, Familia y Demografía, Educación y Juventud, cuya importancia es sin embargo evidente.

Con estas aclaraciones previas podemos entrar en materia. Es posible esquematizar así la visión de la realidad latinoamericana en Medellín:

a) Se parte de afirmar que la miseria existente en la región es "una injusticia que clama al cielo".

b) Se insiste en que estamos "en el umbral de una nueva época histórica en nuestro Continente". Esta afirmación se basa en la percepción de "un anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre" que lleva a buscar precisamente la transformación de las condiciones existentes. Los Obispos se solidarizan con esta búsqueda, pues conciben que la historia es una obra humana y que para alcanzar en ella una paz efectiva es necesario un compromiso histórico por la erradicación de la injusticia. "La paz no se encuentra, se construye".

c) Entrando más a la explicación de la miseria y la injusticia existente los Obispos de Medellín señalan que el sistema empresarial latinoamericano y la economía actual, responden a una concepción errónea sobre el derecho de propiedad. La empresa rural o urbana no puede ser confundida con los dueños del capital. Ella es una comunidad de personas.

d) Un primer gran grupo de tensiones se genera entonces "entre clases" por el "colonialismo interno". (Medellín no da al concepto de clases, que por lo demás prefirió varias veces no usar, ninguna precisión). En algunos países hay tal polarización entre ricos y pobres que existe un "biclasismo". Los grupos dominantes son generalmente más insensibles que voluntariamente opresores, y la mayoría dominada aumenta en frustraciones crecientes y también en toma de conciencia.

e) Un segundo gran grupo de tensiones deriva para los países latinoamericanos de "su dependencia de un centro de poder económico en torno al cual gravitan". Aquí Medellín —documento Paz— es mucho más explícito. Señala como aspectos económicos, la distorsión creciente del comercio internacional, la fuga de capitales económicos y humanos, la evasión de impuestos y fuga de ganancias, etc. La culpabilidad principal es atribuida a "aquellas fuerzas que inspiradas en el lucro sin freno conducen a la dictadura económica y al "imperialismo internacional del dinero" (término de Populorum Progressio), condenado en esa misma Encíclica. En el aspecto político se denuncia el imperialismo de cualquier signo ideológico "que intervenga directa o indirectamente" (la explicable alusión a los 2 centros de poder internacional cuya intromisión se rechaza facilitará —combinada con la imprecisión del análisis causal—, el debilitamiento de las recomendaciones frente a las formas concretas e inmediatas de dominación capitalista).

f) Todos los defectos del sistema señalados antes generan una situación de opresión que los Obispos llaman "de violencia institucionalizada" sobre "poblaciones enteras". Es decir, existen formas de violencia permanente y legal sobre grandes masas desposeídas en toda la región.

g) No es de extrañar en esta situación la tentación de la acción violenta como respuesta. Medellín se refiere aquí, sin nombrarlo, al movimiento guerrillero entonces más activo, inspirado en las concepciones foquistas. Al afirmar su preferencia por los caminos pacíficos, no deja de relacionar esta violencia de respuesta con la violencia existente que se combate. No hay pues una condena general a la violencia revolucionaria. Al contrario, al caracterizarse el régimen establecido como violencia, la condena a la violencia —que el Papa había hecho en el mismo Medellín— resulta alcanzando primero al propio orden legal establecido.

h) Finalmente ante toda la realidad evocada, los Obispos encuentran que ella "exige transformaciones globales, audaces, urgentes y profundamente renovadoras". No se precisan estos términos adicionalmente, aunque es claro que la posición episcopal resulta en conjunto más avanzada, de la que en ese momento tenían la mayor parte de los grupos de izquierda que actuaban dentro de la vía electoral.

i) Como nota adicional debemos indicar el énfasis en la unidad latinoamericana como proyecto. Medellín señala que el tercer gran grupo de tensiones que afectan a la región, son las que se dan por rivalidades nacionales que es necesario superar. Condena en esa línea el nacionalismo exacerbado y el armamentismo.

## ELEMENTOS PARA UNA EVALUACION

Medellín está ubicado en un momento histórico latinoamericano, que le dio el contenido y el contexto concreto de su reflexión. La década de los 60 es la del cuestionamiento global, la de la primera toma de conciencia, también la de la esperanza.

La Revolución Cubana, se vuelve en todas partes la gran definidora de posiciones. Ella muestra la posibilidad práctica de una alternativa de organización social y política, tomada en nombre de la clase obrera, de las masas populares explotadas. A partir de Cuba, incluso las declaraciones políticas norteamericanas —Alianza para el Progreso— tienen que aceptar la necesidad de una revisión de la situación social existente en el Continente.

El compromiso de grupos cristianos, especialmente estudiantes y obreros, en menor medida profesionales, y de modo creciente sacerdotes, se vuelve hacia las clases populares. Es en la relación con ellas, en el descubrimiento y la solidaridad con sus luchas, que la vivencia de la fe se profundiza y la radicalidad del Evangelio se redescubre.

A nivel internacional la Iglesia Católica en su conjunto ha vivido la experiencia hondamente saludable del Concilio. Ella se ha examinado en su relación con el mundo, antes menos valorado y también ha reencontrado el lugar y la exigencia esencial de su práctica del Evangelio. Con todos estos antecedentes generales puede comprenderse mejor, cómo se abrió el camino que hizo posible Medellín.

El gran mérito de la dirigencia episcopal latinoamericana del CELAM fue su sensibilidad, su fidelidad y su decisión ante esta situación histórica, social y eclesial. Ella invitó a todo el cuerpo de autoridad de la Iglesia a un examen y a una definición a fondo. Desde la intención inicial de su proyecto, Medellín es el signo de un importante avance en la fuerza interior de la Iglesia latinoamericana.

Sobre la base de este reconocimiento queremos ir ahora a una evaluación más específica de la visión social contenida en los documentos finales de la Conferencia. Lo hacemos numerando las siguientes proposiciones:

1) Encontramos en Medellín la clara percepción de un problema de conjunto, muy grave, que afecta y cuestiona a toda forma de organización de la sociedad latinoamericana. Hay colonialismo interno, tensiones por extremas desigualdades entre clases, dependencia externa por el afán de lucro del imperialismo internacional del dinero. En una visión valiente, la autoridad eclesial acierta, a nuestro juicio, en señalar dónde están los problemas fundamentales. (Luego veremos que en la explicación del porqué de estos problemas el análisis de Medellín tiene debilidades que es indispensable superar).

2) En segundo lugar, nos parece de positivo valor la visión de la historia humana de la que antes hicimos mención. Si en la historia hay injusticia, en ella no hay paz ni por tanto reconocimiento ni acogida del Señor. Pero la historia es obra humana al mismo tiempo que historia de salvación y por tanto es posible y necesario construirla transformando esas bases de injusticia. (El carácter abierto y dinámico de esta visión permite justamente que la crítica que hacemos a continuación, no afecte el mensaje de fondo de Medellín, sino que al contrario se inspire en él). La Iglesia no define una interpretación social dogmática, al contrario ella se vuelve a la dinámica cambiante de la historia y a los esfuerzos científicos de su mejor comprensión.

3) Después de 5 años de análisis y debate científico y político es más fácil percibir las limitaciones en la explicación causal de la problemática social latinoamericana que hizo Medellín.

a) No se reconoce aún con claridad que hay una causa común no única pero sí fundamental, a la dependencia externa y a las desigualdades internas; la forma en que el sistema económico capitalista se expandió internacionalmente con todo el instrumental tecnológico que lo acompañó. En efecto, la

relación básica que este sistema impuso fue la del salario entre el trabajador directo y el propietario de los medios de producción que lo contrata. De allí que la producción de un plusvalor fruto del trabajo colectivo, quede sólo o principalmente a disposición del capitalista. Esta relación que es la base de la explotación social organizada, se da en concreto en América Latina como efecto de la prolongación internacional de un sistema que trabaja en función de las necesidades de sus metrópolis originales. América Latina es un área económica que nace y se estructura como satélite; la actividad económica dominante no se orienta por tanto a la satisfacción de las propias necesidades de su pueblo. Esta compleja combinación, que no nos toca desarrollar aquí, no resulta aún plenamente percibida como tal en el texto final de Medellín.

b) La crítica del texto de los Obispos se centra entonces principalmente en el afán de lucro de las fuerzas del "imperialismo internacional del dinero". Es obvio que tal afán existe y la crítica es por tanto acertada. El problema estriba en que no parece haber suficiente conciencia de que es la forma de organización económica-social existente, la que promueve y requiere para funcionar de ese afán de lucro individual. La crítica no llega directamente a reconocer esa base organizativa en la que se sustenta el egoísmo que se condena.

c) Medellín acierta igualmente en señalar que la empresa y la economía de América Latina se asienta en una "concepción errónea del derecho de propiedad". Es en esta parte donde se llega más a fondo en la crítica al sistema. El ángulo desde el que se realiza y la no explicación posterior, deja sin embargo lugar a una duda muy seria: ¿Era plenamente consciente la mayoría de la Asamblea que el problema bien señalado de una "errónea concepción jurídica del derecho de propiedad", no podía corregirse sino afectando relaciones económicas y de poder, que iban a ser defendidas a todo precio? ...

d) La insuficiente percepción de todo el sustento material de las relaciones que se criticaban, impidió que en el texto quedara bien reconocida la existencia de intereses sociales contradictorios como inherentes a la organización capitalista. Más allá de cualquier esfuerzo moralmente loable que pueda hacer un empresario por ser sensible a las demandas salariales de sus trabajadores, es un hecho que los propietarios capitalistas como conjunto seguirán defendiendo el sostenimiento y la reproducción de relaciones laborales basadas en la propiedad privada y el trabajo-mercancía. Es allí donde se muestra la base objetiva de un antagonismo de clase, que Medellín no alcanza a reconocer plenamente. El carácter conflictivo de la lucha por la liberación no llega a ser por tanto, asumido nitidamente.

e) En consecuencia, la Jerarquía no define a cabalidad al sujeto social de la liberación: a las clases populares. Las recomendaciones pastorales evidencian esta imprecisión: ellas se dirigen a todos los sectores como tales. Es claro que no criticamos la universalidad del llamado, sino su insuficiente concreción. El mensaje de liberación, que Medellín renovó tan profundamente, necesita dirigirse, más netamente aún, desde la situación y los intereses de las mayorías populares. Es decir necesita invitar a todos a hacer una opción clasista.

Sabemos bien lo exigente de este proceso. La Jerarquía Latinoamericana avanzó sin embargo, con Medellín, mucho en esa dirección. Es por eso que con la perspectiva histórica y científica que dan los 5 años transcurridos, señalamos los requisitos para ir más adelante, en el nivel del análisis de la realidad.

f) Esta última nota evaluativa indica un problema distinto, comprendido sin embargo indirectamente en todos los anteriores: los Obispos recurrieron en Medellín a la asesoría técnica para poder entender mejor la realidad social del continente. En esa medida el documento final refleja una influencia importante, aunque no determinante de los análisis que hacía la CEPAL (Comisión Económica de las Naciones Unidas para la América Latina). Hoy la propia CEPAL ha evolucionado en su pensamiento y sobre todo varios de los supuestos con los que trabajaba han sido severamente cuestionados. También en este aspecto el momento actual es distinto al de hace 5 años.

## **CAMBIOS EN LA SITUACION LATINOAMERICANA POST-MEDELLIN**

Si la década de los 60, es la del cuestionamiento global, la de la denuncia y la esperanza, la del 70 aparece mucho más como la de la lucha, la de la agudización de un conflicto no resuelto, entre los distintos sostenedores del sistema capitalista internacional de un lado y quienes se orientan en una perspectiva socialista y popular de otro.

No estamos en la crisis final del sistema como pensaron hace unos años los militantes lanzados a la lucha guerrillera. Aún más, aprovechando su control económico, el tradicionalismo ideológico de la región y la experiencia política de largos años de dominación, las distintas fuerzas conservadoras han redefinido sus esquemas de organización y acción y, en varios países, han pasado a la ofensiva.

El reto a la fuerza moral, a la lucidez y a la formación política de los combatientes por la liberación es inmenso. La necesidad del trabajo con el pueblo mismo, las exigencias de organización partidaria, etc. han desplazado al foquismo militarmente derrotado. El conflicto de clases se ha polarizado de tal forma que hoy alcanza a reflejarse en la política internacional de los Estados; la cual se ha diferenciado también en corrientes encontradas.

Aparecen Brasil a un extremo, Chile al otro, Perú con su inesperado gobierno militar que intenta combinar reformas drásticas y conciliación. Bolivia con el recuerdo fresco de otro intento reformista frustrado por la fuerza reaccionaria. Argentina comenzando a vivir una experiencia al mismo tiempo prometedor y ambigua. La mayoría de países sometidos aún a vario-pintas dictaduras oligárquicas o militares, pero con una tenaz y violenta oposición clasista... Todo en el cuadro de las modificaciones internacionales del sistema imperialista. En suma la suerte del proceso histórico de liberación aparece hoy mucho más en manos nuestras, más como tarea política que como denuncia intelectual. Más como posibilidad, que como necesidad histórica inmediata.

Ante un cuadro así, resulta imprescindible que el análisis precise las raíces de este problema global de miseria e injusticia que en Medellín la Iglesia supo denunciar. Las fuerzas conservadoras más inteligentes argumentando en nombre del realismo y del pragmatismo técnico, tratan de descalificar hoy los cuestionamientos totales. Tratan de hacer ahora lo que no pudieron en la década pasada: obligarnos a aceptar que aunque imperfecto, el crecimiento capitalista es la única alternativa a nuestro alcance.

Descubierta la dificultad de la vía revolucionaria, propagandeados al máximo los defectos del supuesto socialismo soviético, los ideólogos de la derecha tratan de llevar la discusión al terreno exclusivo de las políticas

sectoriales inmediatas. Muchos grupos intelectuales y técnicos de buena fe caen en el juego y se dejan ganar por la desesperanza disfrazada de realismo... ¿Para qué seguir describiendo y denunciando los mecanismos internacionales e internos de explotación, si es imposible —o muy costoso y violento— derribar el sistema...?

La fidelidad evangélica y humana a los pobres y explotados, la confianza en la capacidad histórica del hombre, del pueblo como conjunto, no pueden ser sin embargo negociados así ante el escepticismo burgués. Si queremos un conocimiento veraz y serio del porqué del problema social que subsiste y se agudiza en la región, no podemos abandonar el análisis global y el reconocimiento de una contradicción clasista y neo-colonialista que atraviesa nuestras sociedades. "Dulcificar" el diagnóstico es renunciar a encontrar políticas verdaderamente liberadoras. La Jerarquía latinoamericana como todo otro grupo humano que quiere servir a realizar históricamente el proceso de liberación no deberá caer en ese peligro que significaría negar Medellín.

Esto no quiere decir que las políticas eficaces son las utópicas en el sentido de la pura denuncia verbal, las del extremismo por el extremismo. Justamente hay que distinguir diagnóstico de política de respuesta. Hay que aprender a aplicar estrategias concretas, a trabajar en situaciones ambiguas, a señalar metas posibles en el corto y el mediano plazo, a precisar alternativas viables a los problemas técnicos del mundo económico y social, etc.

Sin embargo en el diagnóstico social quienes tienen autoridad institucional en la Iglesia tienen probablemente una responsabilidad especial. No la del análisis científico, pero sí la del uso libre y serio de los aportes que la ciencia social latinoamericana ha hecho en los últimos años. Es muy importante que la autoridad eclesial avance siguiendo la meta de Medellín. Que no vacile en señalar las causas sociales de la miseria e injusticia. Al menos en indicar en qué dirección se las está encontrando hoy. Está demás insistir en todo lo que la acción pastoral misma podría ganar con una mejor lectura de la realidad social.

No pretendemos exigir ni pedir que la Jerarquía Eclesiástica dé los lineamientos de la acción política. No es su papel, ni está ubicada socialmente en el mejor lugar para percibir las contradicciones del sistema en la vida misma de las clases populares. Tampoco se trata de contribuir a evasiones adolescentes y no asumir como laicos nuestras propias responsabilidades al interior de la comunidad eclesial.

Lo que hemos querido mostrar es que justamente la práctica de los grupos de base comprometidos, la experiencia general de la nueva situación política y el análisis social obligan a continuar Medellín mejorando la comprensión de la realidad que se dio en ese momento. Tal el alcance limitado del presente comentario.

# **significado de medellín para la iglesia latinoamericana**

Gustavo Gutiérrez.

En esta celebración del quinto aniversario de Medellín es importante rescatar lo que puede ser llamado “el espíritu” —más allá de la letra— de Medellín: la toma de conciencia, por parte de la Iglesia latinoamericana, de su mayoría de edad, de su adultez. La Iglesia se percibe como adulta en un continente que se percibe también como logrando su adultez.

Este hecho es lo significativo, lo importante. Por eso no podemos entender a Medellín sino a partir del proceso que le antecede.

## **I. ITINERARIO DE LA TOMA DE CONCIENCIA**

La Iglesia latinoamericana nace dependiente —en el sentido original del término— pues desde el comienzo no es dueña de su propio destino. Los centros de decisión de esta iglesia que Santo Toribio de Mogrovejo llamara “nueva cristiandad de las indias”, estaban fuera del continente: mucho más en Madrid, que en Roma, debido al patronato.

Es cierto que hubo hombres en esta Iglesia latinoamericana que expresaron la personalidad propia de esta iglesia; que la pensaron a partir de su propia realidad. Toribio de Mogrovejo es un ejemplo de este esfuerzo. Pero la vida eclesial, en su conjunto, y durante varios siglos, es una vida orientada desde afuera. De fuera le vienen todas las indicaciones y normas. Es una iglesia colonial situada en el contexto de una sociedad colonial, es decir, dependiente en lo político, económico, social.

La independencia política de nuestros pueblos latinoamericanos significa una ruptura con la situación anterior, pero sin un significado más profundo para la liberación de estos pueblos. Es una independencia más bien formal, jurídica, que coexiste con nuevas formas de pactos neo-coloniales, muy claras en la dependencia económica.

Podemos hablar también de un pacto neo-colonial eclesial. De manera semejante a las relaciones económicas de intercambio entre materias primas y productos manufacturados, las iglesias latinoamericanas ofrecerán la "materia prima" de sus devociones y religiosidad popular, y en cambio recibirán de las iglesias del viejo continente profundos estudios de sus problemas —a veces, aportando no sólo los estudios, sino los problemas mismos—, y orientaciones pastorales, muchas veces inaplicables para nuestra realidad concreta. Monseñor José Dammert señalaba muy acertadamente en un artículo, que el derecho canónico no tenía vigencia a partir de 2,000 metros de altura, pues mientras en Europa la casi totalidad de la población vive por debajo de esa altura, en América Latina una buena parte de la población se sitúa por encima de ella.

Estos hechos han determinado una actitud, una postura de la iglesia latinoamericana. Estaba más abierta a la vieja Europa que a sus propias realidades; vivía de espaldas a las aspiraciones de su propio pueblo, sobre todo a las de carácter secular. Se encerraba en un falso apoliticismo que en realidad significaba el tácito apoyo al gobierno de turno y la implícita bendición del sistema imperante. Esto era también coexistente con una orientación "espiritualista", desencarnada de su pastoral, sin calar hondo en el significado verdaderamente "espiritual" de su misión evangelizadora.

La conciencia que se tiene de esta realidad brevemente descrita comienza a cambiar desde hace aproximadamente quince años. Es imposible fijar una fecha exacta. Nuestros pueblos latinoamericanos van adquiriendo cada vez más la conciencia de su condición dependiente, de pertenecer a un tercer mundo explotado y oprimido. Vamos pasando de una situación de absoluta ignorancia de nuestra propia realidad, por etapas, hacia una mayor lucidez. Primero viene la descripción trágica: las tasas de mortalidad, de subempleo, de subalimentación. Datos muy útiles para conseguir rápidas ayudas de los países ricos. A continuación los esfuerzos del desarrollismo para iniciar el despegue de la economía latinoamericana, siempre y cuando los grandes intereses imperialistas y de los grupos oligárquicos nacionales no fueran tocados por estas reformas.

De aquí pasamos a otra perspectiva que ha cambiado la conciencia política latinoamericana: la teoría de la dependencia y dominación que interpreta la realidad de América Latina en el contexto de la historia mundial, como el reverso de un único proceso que origina por el otro lado, el desarrollo de los países poderosos. Señalar así la causa de la miseria, de las injusticias de nuestros países, abre el camino al tema de la liberación.

Estos virajes de la conciencia política repercuten también en la Iglesia latinoamericana. Sectores, cada vez más numerosos, de cristianos, comienzan a participar en el proceso revolucionario de liberación. Estos compromisos, tímidos, vacilantes al principio, decididos y reales después, influirán fuertemente en la propia conciencia eclesial. Son en realidad, el antecedente inmediato de lo que vendrá después en Medellín.

Este proceso original, propio de América Latina se da también en el contexto de una Iglesia renovada por el Concilio Vaticano II. La Conferencia Episcopal de Medellín quiso ser una aplicación del Vaticano II a América Latina; este fue el tema de la Conferencia.

Medellín tiene, por su parte, una preparación inmediata, desde 1966 hasta 1968, a través de los Departamentos del CELAM. Estos departamentos anali-

zan sus temas específicos, vg. Vocaciones (Lima), Universidad Católica (Buga), Misiones (en Melgar, Colombia con particular insistencia en el valor antropológico y teológico de las culturas autóctonas), Acción Social (en Itapoa, donde se habla con mucha claridad de la dependencia, y por consiguiente de la liberación), Diaconado (Buenos Aires), etc.

Estos diversos departamentos del CELAM expresan en varios textos, elaborados por todos los participantes de cada encuentro (laicos, sacerdotes, religiosos, obispos), las ideas germinales que van a encontrar en Medellín un desarrollo más amplio. Podemos señalar en estos textos, dos características significativas.

La primera es el esfuerzo serio por analizar la realidad concreta de América Latina. Se evita partir de principios generales y a—históricos. No se habla en abstracto de la defensa de la dignidad humana, sino en concreto, de las condiciones reales y objetivas que significan el respeto al hombre.

La segunda característica es la visión teológica coherente de la unidad de la historia humana. Se evitan dicotomías y dualismos, en una visión unitaria de la historia de la salvación. Esto implica, por una parte, una valoración distinta de la lucha por la justicia y la liberación en todas sus esferas, económica, política, social, cultural, espiritual. Este trabajo comprometido en el mundo no es visto como trabajo previo a la evangelización, como esfuerzo por crear las condiciones previas para el Reino de Dios, sino que tiene su valor intrínseco, propio, en la unidad de una sola historia salvífica. Por otra parte, esta visión teológica implica también una nueva manera de ubicación de la comunidad cristiana en la historia latinoamericana, y obliga a la Iglesia a revisar su presencia en nuestro continente y definir sus posiciones y opciones.

La Conferencia Episcopal se sitúa al interior de este proceso, es un resultado de él y una expresión fuerte de esta cadena de acontecimientos. Como el altoparlante nos puede hacer olvidar la voz que existe detrás, Medellín puede obnubilar el proceso que lo generó y que lo perpetúa. La toma de conciencia de la Iglesia latinoamericana, su deseo de fidelidad a la historia de nuestro continente, no nació en Medellín, y por eso no puede morir tampoco con Medellín.

Explicados estos antecedentes fijemos nuestra atención en la Conferencia misma. Su corta duración, diez días escasos, contrasta con los cuatro años del Vaticano II y explica también la diferencia de calidad literaria y tal o cual imprecisión de pensamiento. Son imperfecciones objetivas que se disculpan fácilmente cuando se tiene en cuenta la premura del tiempo.

Sin embargo, Medellín significa un gran avance. Por primera vez en muchos siglos de la vida de la iglesia universal, se encuentran en asamblea pública, cristianos no—obispos, con derecho de voz y voto en la deliberación y decisión sobre los textos de la Conferencia. Se trabajó a dos niveles: en comisiones, donde los expertos tienen voz y voto; y en sesiones plenarias donde se discutían los textos elaborados por las comisiones y en la cual también un cierto número de sacerdotes y religiosos votaron junto con los obispos. Este estilo de trabajo, que parte de una más amplia comprensión de la Iglesia como pueblo de Dios, dejará su impacto en muchas iglesias latinoamericanas. En nuestro caso podemos recordar las Asambleas Episcopales, sobre todo la 36 y la que preparó el aporte del Episcopado peruano para el Sínodo de 1971, y las recientes experiencias de las Asambleas Episcopales Regionales.

## II. NUEVA CONCIENCIA ECLESIAL

Tomar conciencia de la adultez de la Iglesia latinoamericana, conlleva una nueva conciencia de un modo de ser y de situarse de la comunidad eclesial. Esta nueva conciencia eclesial se puede describir por los siguientes rasgos:

a) Esta conciencia eclesial se realiza en función de la realidad latinoamericana. Es significativo el método constantemente empleado en todos los documentos de Medellín, observable aun a pesar de ciertas incoherencias, pues se habla de la realidad antes de la reflexión teológica y de las líneas de pastoral. América Latina es vista por ella misma y no como un pretexto para anunciar el evangelio, considerado por su parte como invariable para todo tiempo y lugar. El análisis de la realidad se hace para reformular el mensaje evangélico y para redefinir esa comunidad convocada por ese mensaje. Aquí está la gran diferencia de Medellín frente a las dos reuniones plenarias anteriores del Episcopado latinoamericano, una de ellas celebrada en Roma y la otra, aunque celebrada en el continente, sin embargo, demasiado centrada en la problemática intraeclesial.

Medellín no teme introducirse en una temática mundana. Por el contrario asume los análisis de la realidad que se debaten en ese momento —aceptación inusitada para una Iglesia que a veces ha tardado muchos años en sintonizar con la cultura vigente —y produce textos que son plenamente inteligibles a pesar de sus deficiencias de estilo. Se habla de los problemas del hombre latinoamericano, en su lenguaje y con sus preocupaciones. Se corre el riesgo, incluso, de adolecer de las mismas limitaciones y defectos de teorías aún en sus momentos iniciales. La teoría de la dependencia y dominación se encuentra recién en sus primeras fases.

Quiero señalar dos puntos importantes muy característicos de este análisis de la realidad: el de la violencia institucionalizada y el de liberación. Hasta que punto es inesperada esta actitud de los obispos, lo manifiesta la fuerte reacción frente a estos análisis.

El concepto de **violencia institucionalizada** cuestiona de raíz la falsa legalidad existente en América Latina y declara, por tanto, ilegítimo el orden social existente. Las leyes vigentes en América Latina garantizan la violación de los derechos más elementales del hombre latinoamericano. Este punto de partida lleva a calificar de “contra-violencia” a la reacción contra esa violencia institucionalizada. La violencia, por tanto, no comienza cuando el oprimido se levanta para protestar por la injusticia, sino cuando se comete ya esa injusticia. Medellín ahonda más, señalando la causa de esta violencia institucionalizada en la situación neo-colonial de los países latinoamericanos.

Al hablar de violencia institucionalizada, Medellín no toma una actitud irresponsable frente a las acciones violentas, y mantiene en materia tan delicada dos afirmaciones clásicas de la tradición cristiana: considerar la contraviolencia siempre como mal menor y como último recurso. Pero el solo hecho de hablar de “contra-violencia” es ya cambiar el panorama, incluso en el campo ético.

El término de **liberación** expresa también este análisis de la realidad latinoamericana, pues esa palabra designa la postura de movimientos opuestos al orden social imperante. El uso del término, por Medellín, quiere señalar una

doble oposición: frente a la violencia institucionalizada, la cual es rechazada y debe ser superada por una auténtica liberación, y frente al llamado "desarrollismo" que se contenta con meras reformas sin cambiar de raíz el sistema. Esto marca las líneas fundamentales del mensaje de la segunda Conferencia Episcopal.

Este análisis de la realidad, a pesar de sus limitaciones, provoca sin embargo una fuerte reacción. Quizá el exponente más lúcido y claro sea, en un primer momento, Alberto Lleras Camargo, ex presidente de Colombia y antiguo Secretario General de la OEA. Como viejo luchador liberal ve frustrarse sus esfuerzos por lograr que la Iglesia no intervenga en política, pero con una diferencia: mientras su oposición anterior fue a una Iglesia ligada a partidos conservadores, ahora la irrupción de la Iglesia en la política aparece por la izquierda. El autor, en sus varios artículos teme que Medellín signifique el comienzo de muchas aventuras, bendecidas por los obispos, y de funestas consecuencias para América Latina. La crónica de Medellín, presentada por la revista "Visión", con aparente objetividad, insinúa que los documentos del episcopado constituyen una verdadera plataforma de acción política, donde las expresiones sobre el imperialismo, clases explotadas y tensiones políticas sustituyen a las tradicionales exhortaciones religiosas de la fe en Dios y la búsqueda del reino de los cielos. Lleras escribirá: "La firmeza de la monarquía cimentada en la sólida roca de Pedro se ve amenazada por la subversión no de laicos inquietos sino de clérigos que rompen su misión evangélica y abren las puertas al marxismo".

En nuestro país, una revista acusaba a los obispos de "progresistas y radicales" denunciando sobre todo el texto sobre la Paz, como inspirado por el marxismo. Con evidente falta de información, aventuraba esta revista que el Papa, en Roma, no dejaría pasar ese texto, ignorando la plena aprobación que Roma había dado ya a todos los documentos de Medellín.

El análisis de la realidad está asumido como planteamiento que obliga a redefinir la misión de la Iglesia en América Latina, en un proceso revolucionario.

b) Una segunda nota de esta nueva conciencia de Iglesia, es el tipo de **reflexión teológica**, que aparece, aunque disperso, en los documentos de Medellín.

Hay dos temas teológicos centrales en correspondencia con los dos temas centrales del análisis de la realidad latinoamericana, violencia institucionalizada y liberación.

Medellín califica teológicamente la situación latinoamericana, de violencia institucionalizada, como **situación de pecado**. Donde no hay justicia, no hay paz, y está ausente el Señor de la paz. Esta situación es, por tanto, una negación del mismo Señor. Esta calificación de la realidad latinoamericana como de pecado, es valorativa. No nace de las ciencias sociales, sino de una perspectiva de fe y de reflexión teológica.

Esta calificación teológica de pecado para una situación implica que el pecado no se reduce a una esfera intimista o privada, sino que se expresa y traduce en hechos sociales, en ruptura de amistad con Dios y con los hombres, en situación de injusticia y de violencia legalizada.

Estamos lejos del optimismo que aparece en otros textos de Iglesia, como por ejemplo, el *Gaudium et Spes* del Vaticano II. El deseo de reencontrarse con un mundo frente al cual la Iglesia se ha sentido lejos, lleva a los Padres Conciliares a limar aristas, a evitar lo conflictual, a valorar lo positivo del progreso humano. Por eso es tan difícil a este texto conciliar el situar el pecado en el corazón de la realidad. Porque Medellín evita el escollo de una concepción intimista y privatista del pecado, no tiene problema en descubrir el pecado que se manifiesta en una realidad violenta y de opresión; no puede caer en un optimismo fácil ante esa situación.

En correspondencia con el tema de la liberación, desde el punto de vista teológico se recupera en Medellín el sentido espiritual y cristológico de la palabra liberación. La raigambre de este término es fuertemente bíblica: bastaría leer *Gálatas* o *Romanos* para descubrir la idea, que echa sus raíces además en el Antiguo Testamento.

Medellín hablará de la liberación en Cristo, situando al interior de esta liberación el proceso de construcción de una sociedad más justa y fraterna. Esta liberación en Cristo es la salvación, que obra ya en la historia y la unifica dándole sentido y plenitud. Liberación total, unificadora de la historia, porque en última instancia la liberación humana es un sí o un no al amor del Padre, revelado en Jesucristo.

Medellín no tiene ningún discurso sistemático sobre la liberación. Sin embargo, en el documento de Justicia encontramos un texto clave (n.3): "Es el mismo Dios quien en la plenitud de los tiempos envía a su Hijo para que hecho carne venga a liberar a todos los hombres de todas las esclavitudes a que los tiene sujetos el pecado". Y se especifica a continuación: "ignorancia, hambre, miseria, opresión". No hay que tergiversar, por cierto, la lectura de este texto, interpretándolo como "la ignorancia de las cosas espirituales, el hambre de Dios, la miseria del pecado, o la opresión del demonio" pues esta lectura privaría al texto de toda su fuerza. Medellín enumera facetas del pecado del que nos viene a liberar Cristo. Cristo no nos libera de ese conjunto de consecuencias, por medio de un programa político, pero sí incidiendo sobre la construcción de una sociedad justa, al salvarnos de la raíz última de toda injusticia entre los hombres.

La redacción de este texto es precisa y fue además mejorada, en cuanto al estilo, con observaciones desde Roma. La idea aquí expresada está además dicha de diversas maneras en otros textos.

No se trata de una reducción de la liberación de Cristo a la liberación política, sino que se trata de integrar a ésta como un aspecto o dimensión de aquélla. La liberación de Cristo, en los documentos de Medellín, no se limita a una perspectiva espiritualista, pero sí espiritual, en el sentido de Pablo. Cuando Pablo habla de "cuerpo espiritual" está hablando de cuerpo y lo llama espiritual, porque espiritual para él es amar a Dios y a los demás, es vivir en el Espíritu, en el amor. El cuerpo puede vivir en el Espíritu.

La liberación así concebida no se limita a un nivel "espiritualista" tangencial a la vida de los hombres. Esto sigue siendo la piedra de escándalo todavía de esta perspectiva. Se acusa a Medellín de temporalismo, de horizontalismo, de reducción, pero estas acusaciones nacen de aquéllos que no pueden salvar lo espiritual del cristianismo si no es haciéndolo ajeno a este mundo. Conciben la fe como tangencial, como formando un segundo piso y

no la misma casa —por eso es un segundo piso en el aire— y por eso no pueden aceptar una visión unitaria de la salvación que incluya la liberación política pero que no se agota en ella. Quienes así piensan parecen estar guiados por un mecanismo de balanzas para equilibrar: la afirmación del valor político de la liberación deben contrapesarla con la dimensión espiritual. Hay más esfuerzo por equilibrar acentos, que por lograr síntesis unificadoras que integren en unidad la obra salvadora y gratuita de Cristo con todas sus dimensiones humanas y sin las cuales esta salvación no transformaría la historia.

A estas dos notas que expresan en el plano teológico la reflexión sobre la realidad latinoamericana, podemos añadir una tercera: el deseo de reformular el mensaje evangélico y las estructuras eclesiales en función de esta reformulación. El análisis de la realidad latinoamericana no fue hecho para adaptar un mensaje ya definido y completo, sino para lograr una nueva inteligencia de la fe, una nueva perspectiva teológica y una nueva comprensión de la Iglesia. Desde este punto de partida se comprenden dos puntos que aparecen muy claros: el de la pobreza de la Iglesia, y el de la inadecuación de las estructuras eclesiales frente a la realidad latinoamericana.

Más allá de la letra de los textos, y con las grandes diferencias de percepción y valor, se da en los diversos documentos: sacerdotes, laicos, religiosos, catequesis, pastoral, liturgia, la misma constatación y se señalan pistas de solución. La experiencia pastoral no ofrece mayores posibilidades. Existen además fuertes condicionamientos sociales en las iglesias locales o universal que impiden ver más lejos y avanzar más rápido, pero sí es clara la confesión de inadecuación de ciertas estructuras eclesiales frente a la realidad latinoamericana.

El documento de pobreza es uno de los más importantes de Medellín. Se inicia con una constatación: la imagen de la iglesia latinoamericana no es la de una iglesia pobre. La reflexión teológica a partir de esta realidad es novedosa en la teología. La pobreza material no es un ideal para el hombre, es un mal, conforme al sentido bíblico. Si la pobreza cristiana tiene algún sentido es como solidaridad con el pobre y despojado de bienes, y como protesta ante esta situación de pecado. Esta visión de la pobreza es exigente, intranquilizadora.

A diferencia del Vaticano II, en que la pobreza no logra convertirse en un tema explícito —salvo algunos esbozos en *Lumen Gentium* 8, en Medellín es un tema verdaderamente central porque se parte de una realidad latinoamericana en la cual la pobreza como un mal es un grito que clama al cielo.

En síntesis, estos breves rasgos tipifican los esfuerzos de una Iglesia que hace esfuerzos por encontrarse y redefinirse en función de la realidad latinoamericana.

### III. EL POST-MEDELLIN

En el momento más inmediatamente posterior a Medellín podemos hablar de un ocultamiento de su mensaje, en Europa por ejemplo, ante acontecimientos de mayor aparente repercusión publicitaria como el Congreso Eucarístico o la visita del Papa Pablo VI a Bogotá. Estos hechos estarán fuertemente destacados en las informaciones internacionales y constituyen una cierta barrera que los textos de Medellín deben superar para llegar a la conciencia de la Iglesia universal.

También podemos hablar de un inmediato efecto de euforia provocada por Medellín: los movimientos renovadores ya existentes se encuentran respaldados y autorizados por los obispos, el adjetivo "liberador" se emplea profusamente, a veces para disimular viejos y gastados contenidos.

Pero no todo es euforia superficial. Hay también serios intentos de continuar la línea de Medellín por un examen serio y profundo de la Iglesia, por vitalizar la pastoral en el sentido de una preocupación sincera por el hombre. El profundo discurso de Pablo VI, el 7 de diciembre de 1965, al clausurar el Concilio, viene a ser una interpretación con tres años de adelanto, de lo que es Medellín. El Papa recordando a San Agustín dice que la preocupación por el hombre es atención al Señor. Así rechaza las acusaciones de horizontalismo hechas al Vaticano II y repetidas después contra Medellín.

Frutos de Medellín podemos llamar a algunos importantes documentos de nuestro Episcopado peruano, como el de la Asamblea 36, de enero de 1969, el documento Justicia en el Mundo, aporte del Episcopado Peruano al Sínodo de 1971, y el reciente documento de Evangelización.

Al lado de estos esfuerzos de la Jerarquía no podemos olvidar también una interesante acción de base y en la reflexión teológica. Es verdad que esto también existe antes de Medellín, pero la Segunda Conferencia del Episcopado da un fuerte impulso a esta acción.

A estos efectos de Medellín, marcados en un primer momento por la euforia y el deseo de una continuación seria y profunda, hay que contraponer las reacciones que ha suscitado. Y esta reacción va aumentando en los últimos tiempos al agravarse la situación de América Latina. Medellín resulta demasiado audaz para los poderosos que dominan al pueblo latinoamericano. En algunas naciones es un texto proscrito. En otras se trata de interpretarlo con timidez, de un modo estrictamente espiritualista, volviendo al concepto de pecado intimista y privado. En otras, el texto es declarado oficialmente inaplicable.

Una crítica más sutil y en parte verdadera es la que señala que Medellín son palabras y no gestos. Hay determinadas situaciones en América Latina en que la palabra también es un gesto. De lo contrario no se eliminaría físicamente a algunos que tienen el coraje de hablar. Es cierto, sin embargo, que la palabra debe ir acompañada del comportamiento que la avale.

Termino con algunas observaciones finales. La primera quiere señalar que Medellín es un esfuerzo, un proyecto y no algo acabado; es fruto de un proceso y, al mismo tiempo, etapa de este proceso. Hoy, a los cinco años de Medellín, habría que renovar muchos elementos de los documentos: análisis de la realidad, soluciones, líneas pastorales. Todo esto debe ser retomado en proceso continuo.

En segundo lugar, Medellín significa una ruptura con el orden social existente, por lo menos con el más tradicional. Esta ruptura está realizada por algunos sectores de cristianos que se sienten respaldados por estos textos de la Conferencia episcopal. No es extraño, pues que a partir de Medellín se comience a desconfiar de la iglesia latinoamericana. El informe Rockefeller, a partir de un "sano realismo" viene a calificar a la Iglesia de "juvenil y romántica", pronta como los jóvenes idealistas a ser conquistada por los movimientos subversivos y hacer una revolución sin tener claros los fines de ella, ni la forma de gobierno que pueda realizar mejor la justicia.

En tercer lugar, Medellín es una redefinición en función del pueblo latinoamericano. Significa una superación de los conflictos puramente intraeclesiales, desde el momento en que ella, toda entera se pone a atender al otro, al pobre. Tal vez sea ésta una significativa diferencia con otras iglesias de los países desarrollados, donde la elaboración de ciertas "teologías de la revolución" es una especie de compensación intelectual ante la rigidez del sistema económico y político.

Una penúltima observación: este giro que toma la iglesia latinoamericana es responsabilidad de todos. Los cambios se realizarán si hay un trabajo de base serio y comprometido. Medellín es obra nuestra. Lo que en los textos se intentó decir, en la praxis eclesial será una traducción operada por la base, y esto nos compromete a todos los cristianos.

Finalmente creo que podemos señalar una maduración de algo que ya estuvo presente en Medellín, pero se ha ido esclareciendo mejor en los años posteriores: ver en la solidaridad con los pobres, con los oprimidos, con las clases explotadas, el lugar del encuentro con el Señor. Se trata de una perspectiva espiritual (no espiritualista, en los sentidos antes explicados) de una experiencia de encuentro con el Señor en la identificación con nuestros hermanos. Grupos cada vez más numerosos de cristianos en nuestro continente, están haciendo esta experiencia espiritual y viviendo así su cristianismo.

A modo de conclusión quiero señalar una vez más que en Medellín se expresa, aunque inicialmente, una nueva conciencia de la Iglesia: la de su adultez, de su mayoría de edad. En muchas líneas de trabajo esta conciencia debe ir reformulándose y aclarándose. Esta es nuestra tarea. Así, el celebrar Medellín no significará solamente un recuerdo nostálgico de algo ya pasado, sino una tarea que nos compromete y nos hace caminar hacia el futuro.

**Algunos temas tratados después de la ponencia como respuesta a preguntas hechas por los asistentes.**

1. **Familia y liberación.** Las preocupaciones por la familia latinoamericana deben situarse en el contexto de la realidad social. Toda preocupación sectorial tiende a replegarse en sí misma olvidando el contexto en el cual se mueve. Esto, para la familia, puede significar lo que dice el Evangelio: que por querer salvarla, se perderá. Hacer de la familia el pilar del orden establecido tiene una fuerte connotación conservadora. Una familia al servicio de la solidaridad humana es una familia que se renueva en sus propias perspectivas y es fiel al Señor y a los hombres.

2. **¿Este viraje de la Iglesia, es un oportunismo?** Hay que distinguir entre oportunismo y oportunidad. Se predica oportunamente cuando se vive insertado en una realidad. Es hora de cumplir la otra mitad del precepto paulino cuando nos decía que hay que predicar oportuna e inoportunaemente; hoy debemos hacerlo oportunamente. Además, el oportunismo de la Iglesia podría estar más bien en ponerse en la corriente de los gobiernos represivos, ciertamente la mayoría de los países latinoamericanos. Seguir Medellín no es oportunismo hoy, sino todo lo contrario.

3. ¿Cómo compaginar la fe cristiana con la violencia? El cristiano rechaza la violencia, sobre todo la institucionalizada, la que ya existe. La violencia no consiste sólo en armarse para la subversión. Mucho más mortíferas que estas armas son el hambre y la enfermedad.

Sobre la violencia apenas podemos decir nada nuevo sobre lo afirmado por la más vieja tradición cristiana: es un mal menor y un último recurso. El que busca la violencia irresponsablemente y a como dé lugar, debe ser tratado por el psiquiatra. No es ni cristiano ni no-cristiano revolucionario. La tradición cristiana examinó las condiciones de la guerra justa y la guerra es siempre violencia. En Europa, en la segunda guerra mundial, los miembros de la resistencia francesa realizaban actos violentos contra los alemanes, y muchos de ellos eran cristianos; ¿acaso la situación de Francia justificaba más la violencia que la situación de miseria y de injusticia de Bolivia, Ecuador o Perú? ¿Acaso no pueden darse aquí también motivos de conciencia cristiana? Sin embargo, otro planteamiento necesario para la violencia es su eficacia, para lograr el fin propuesto, y esto es importante también desde el punto de vista moral. Es paradójico además encontrarse a defensores de la no-violencia que son al mismo tiempo defensores del armamentismo bélico, son posiciones contradictorias que se dan en una misma persona sin que perciba la incoherencia. Pablo VI en *Populorum Progressio* n.31 habla de una contra-violencia legítima. Con Helder Cámara, hay que recordar que el uso de la violencia, sin embargo, engendra una peligrosa espiral de violencia que puede ser incontrolable.

4. Pobreza evangélica. La pobreza es un tema central en el Evangelio. La pobreza espiritual ha sido interpretada equívocamente como mero despego interior de los bienes materiales. Se podía ser muy rico, vivir muy bien, con una pobreza que no es comprobable, y afirmar ser cristiano. Como la humildad es una virtud, estos pobres de espíritu no querían tal vez demostrar su pobreza interior desprendiéndose efectivamente de algunos de sus bienes... Se necesita estar satisfecho después de una buena comida para poder afirmar que el hambre corporal es símbolo del hambre de Dios, como lo dice un autor. ¿Cómo algo tan inhumano como el hambre que, degrada al hombre, puede ser símbolo de algo tan hondamente humano como es buscar a Dios?

La Biblia cuando nos habla de pobreza espiritual nos quiere significar la infancia espiritual del que tiene su vida entregada al Señor. Esto, en la realidad latinoamericana significa solidarizarnos con el pobre. En este sentido define Medellín la pobreza.

Durante mucho tiempo se supo suavizar muy bien la exigencia de la pobreza evangélica. Los religiosos se especializaron en su observancia, tomándola como materia de un voto, por seguir los consejos evangélicos ( y esto sin examinar si la pobreza era real o solamente jurídica en el sentido de no disponer de los muchos bienes de la comunidad), los laicos aceptaron pagar el precio de poder usar de las riquezas del mundo, siendo considerados cristianos de "segunda categoría" porque se contentaban con los preceptos del Evangelio.

Si hoy "devolvemos" la pobreza a toda la comunidad cristiana, entenderemos lo que significa una Iglesia comprometida por los pobres.

(Apuntes tomados de la presentación oral del tema).



## **significado de medellín para la iglesia en el Perú**

Mons. Germán Schmitz, Obispo Auxiliar de Lima.

La conmemoración del 50 aniversario de Medellín nos ofrece una oportunidad de reflexión en su significado para la Iglesia peruana. Con modestia y objetividad, más que de las metas alcanzadas, debemos hablar de tendencias iniciadas o fortalecidas por Medellín. Estamos en búsqueda, sin deslumbradoras certezas, pero con espíritu de docilidad al Señor. Es propio de toda etapa de búsqueda el tropezar en la oscuridad, el temor al riesgo y al avance, la oposición al paso audaz. Pero el proceso de búsqueda revela, por otra parte, lo humano de la Iglesia. No nos encontramos ante una máquina automática que después de Medellín, cambia de conducta porque se ha apretado un botón. Estamos más bien ante un organismo vivo, ante una comunidad que muestra con sus tanteos e incertidumbres lo costoso que es romper con un pasado y abrirse a un porvenir nuevo.

La respuesta que ha dado la Iglesia peruana a Medellín se refleja en diversos niveles: en hechos concretos, como las Asambleas regionales episcopales, donde se vive un nuevo estilo de reflexión del pueblo de Dios; en planteamientos nuevos que sirven para aclarar ideas y conceptos, aunque todavía no sepamos cómo traducirlos en la acción, como por ejemplo el cambio de las estructuras; también en documentos, como el de la Asamblea 36, respuesta inmediata y directa a Medellín, el documento "Justicia en el Mundo" para el Sínodo de 1971; el reciente documento de Evangelización. Es verdad que tales documentos, si no van acompañados por gestos concretos, pueden carecer de valor; sin embargo ya es un gesto concreto, el comprometerse públicamente con una palabra por la cual uno puede ser juzgado; los documentos demandan permanente coherencia en nuestra acción. Un cuarto nivel de respuesta, más difuminado, pero siempre presente, es el de las inquietudes. Hoy no podemos proceder tan alegremente como antes, construyendo edificios costosos y justificándolos con la intención de glorificar a Dios; hoy nos preguntamos y preocupamos más por la pobreza evangélica.

Como ejemplo de la respuesta de la Iglesia peruana a Medellín, podemos considerar el documento de Evangelización emitido por la Asamblea Episcopal Peruana en enero del presente año. Muchos rasgos revelan el influjo de Medellín.

El primero de ellos se refiere al procedimiento de gestación, con la activa participación de laicos, religiosos, sacerdotes. Este mismo procedimiento es repetido en las asambleas episcopales regionales.

En segundo lugar, es revelador del espíritu de Medellín, el carácter de este documento. Es episcopal, pues los obispos asumen la responsabilidad, pero es eclesial porque refleja toda la búsqueda efectiva y activa del pueblo de Dios; es documentó autoritativo, en el que los obispos ejercen su magisterio, pero es también interpretativo, en el que la Iglesia entera, como pueblo de Dios discierne los signos de los tiempos; es un documento al cual hay que prestar obediencia, pero por otra parte, que expresa fidelidad a una Iglesia que busca al Señor en los signos de su propia historia. Estos rasgos: episcopal-eclesial, autoritativo-interpretativo, obediencia-fidelidad, no se oponen, sino se integran en la imagen completa de la Iglesia. Medellín en sus líneas sobre la pastoral de conjunto pedía a las Conferencias Episcopales escuchar a los presbiterios y laicado. En este sentido, el documento de Evangelización es un fruto claro de Medellín.

Un tercer rasgo lo constituye el contenido doctrinal, totalmente identificado con las líneas marcadas por el Vaticano II y Medellín. La primera frase, iluminadora de todo el resto, describe a la Iglesia como pueblo de Dios en la historia. A partir de allí se entiende la tarea de la evangelización. El concepto de pueblo de Dios implica un sentido dinámico: la Iglesia está en marcha, en búsqueda, en transformación y cambio; implica además un sentido abierto y no cerrado de cristiandad. La Iglesia no se define ya como coexistente con los límites de la sociedad civil, sino como fermento, sacramento de salvación, signo lúcido en sus miembros, del poder salvador de Dios que se sirve de la Iglesia como instrumento para realizar su obra en la historia. La Iglesia, como vigía, descubre más allá de sus propias fronteras, la acción salvífica de Dios y se alegra gozosamente de ello. Considera su tarea como aliento y purificación de todos los valores de la historia humana, haciendo posible la apertura de los hombres a Dios.

El documento significa además, un intento de superación del estrecho clericalismo. La tarea de Iglesia corresponde a todo el pueblo de Dios y no a un sector especializado.

Hay un avance cuando se pasa de una visión "anecdótica" a una visión "histórica". La primera ve sólo hechos aislados, no conexos. En el campo social su expresión es el asistencialismo que se contenta con dar de comer al hambriento o vestir al desnudo. La visión histórica, por el contrario, descubre las raíces más profundas de los males sociales, va al cambio de las estructuras injustas de la sociedad. Y este viraje se hizo ya en Medellín y aparece también en el documento de evangelización.

No se trata sin embargo de una novedad teológica; se trata más bien de recuperar la visión bíblica de la historia. En la Biblia sólo existe una historia, y no dos. No hay un dualismo entre la historia profana y otra específica creada como zona de salvación, sino que Dios salva en la entraña misma de la historia de los hombres y hace de su pueblo un signo de esa obra salvífica. Podemos decir, por tanto, que la fe es una "radiografía salvífica" de la historia de la humanidad, una lectura en profundidad de hechos que no revelan, a primera vista, toda su dimensión salvadora.

El hombre de la Iglesia, es el hombre del mundo. El Juan Pérez, bautizado un 13 de setiembre en la Iglesia de San Marcelo, es el mismo hombre que se encuentra inserto en un proceso histórico como el nuestro y donde tiene que vivir y realizarse como cristiano. La Iglesia está para servir a la historia, es peregrina como la historia misma; su morada debe ser una tienda de campaña y no un edificio estable; dispuesta a cambiar, evolucionar, para acompañar el devenir de la historia humana. La Iglesia se descubre así comprometida con un hombre histórico, concreto. No con el "ser humano" abstracto y general, frente al cual posee ya recetas válidas para todos los tiempos y lugares, sino un hombre, individuo, que está ubicado en estructuras sociales e históricas.

Es cierto que la Iglesia tiene como tarea primaria y directa la conversión del hombre, pero esta conversión no es un puro ejercicio de buena voluntad y buenas intenciones; es el cambio real de la vida humana y de sus condiciones reales. Y esto es lo difícil, porque el hombre se encuentra ubicado en estructuras sociales, que si bien no lo determinan absolutamente en su conducta y relaciones con los demás, sí condicionan su vida y su acción.

Por último, la Iglesia al definirse a sí misma como pueblo de Dios en la historia, descubre el sentido de la escatología. No se trata de un "más allá" que nos aleja del compromiso en el aquí y ahora de nuestra vida; se trata más bien de dos momentos que se interrelacionan. La escatología no aleja del compromiso, sino que nos urge más aún a comprometernos, sabiendo que la vida que construimos con la gracia, tiene su plenitud definitiva en una salvación plena, don gratuito y absoluto de Dios.

El texto que comentamos incorpora unas líneas de Medellín, del documento Justicia, n. 5: "Ciertamente para la Iglesia, la plenitud y la perfección de la vocación humana, se lograrán por la inserción definitiva de cada hombre en la Pascua o triunfo de Cristo. Pero la esperanza de tal realización consumada, antes de adormecer, debe avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. No confundimos progreso temporal y reino de Dios. Sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al Reino de Dios".

La definición de la Iglesia como pueblo de Dios en la historia nos permite comprender la definición de "evangelización" del documento de los obispos. "Evangelizar es, pues, proclamar la Palabra de la Buena Nueva y contribuir a que esa Palabra tenga la efectividad histórica y social que le es propia, dentro de su acción transformadora del mundo" (3.1.4.).

Dos elementos se encierran en esta definición y los dos muestran el influjo de Medellín: la proclamación que apunta a la conversión del corazón, y la realización de esa palabra en la efectividad histórica y social, es decir, teniendo en cuenta las estructuras de la sociedad y transformándolas.

De modo parecido, el documento de trabajo para la preparación del próximo Sínodo señala como significados distintos de la palabra evangelización los tres siguientes: la predicación de la palabra, la edificación de la Iglesia y la transformación del mundo. Los tres sentidos, de tal manera se enlazan entre sí, que no pueden separarse adecuadamente.

A la Iglesia le preocupa el conocimiento de la realidad. La visión de la

realidad se asume como criterio de pastoral para la iglesia peruana: "La tarea evangelizadora implica conocimiento serio y crítico de la historia que ha ido forjando la situación concreta de los hombres en los diversos sectores y toma en cuenta los condicionamientos actuales de lo político, económico, cultural, etc. La acción evangelizadora va dirigida al hombre concreto que vive en un momento determinado de la historia y cuya salvación está en parte condicionada por las circunstancias peculiares y por las estructuras fundamentales de la sociedad" (4.1.2.2.).

Es verdad que el documento de evangelización es sobrio en el análisis de la realidad, pero se sitúa, sin embargo, totalmente dentro de la línea marcada por el documento del Sínodo sobre Justicia en el mundo, el cual afirma: "Aunque no sea nuestro cometido elaborar un análisis más profundo de la situación en el mundo, sin embargo hemos podido percatarnos de las graves injusticias que envuelven el mundo con una red de dominio, de opresiones y de abusos que sofocan la libertad e impiden a la mayor parte del género humano participar en la edificación y el disfrute de un mundo más igual y más fraterno".

Otros documentos de nuestro episcopado, como el de la Asamblea 36 y el dedicado a preparar el aporte peruano al Sínodo, sobre justicia en el mundo, han sido más explícitos en la visión de nuestra realidad. Con todo, nos basta destacar que este esfuerzo de interpretación de la historia, nos viene de Medellín, y nos impulsa a una manera diferente de hacer teología, donde no sólo atendemos a las fuentes de la revelación, sino también a los signos de la presencia del Señor en la historia.

Con el documento de evangelización queda, además, oficializado el empleo del término "liberación" para explicar el sentido de la evangelización. El término fue discutido por propiciar ambigüedades en su uso; pero fue aceptado por la Asamblea, pues está ya incorporado en los documentos oficiales de la Iglesia, como el del Sínodo de Roma, 1971, y además expresa el compromiso de una Iglesia fiel a la historia. Si la historia de nuestros pueblos latinoamericanos se define como un proceso de liberación, la Iglesia debe insertarse en este proceso y usar el término liberación, no sólo para significar el esfuerzo colectivo de nuestros pueblos por superar las opresiones políticas y económicas que sufren, sino también, para expresar el significado del don de la libertad radical que Cristo nos viene a traer. Sólo cuando se entiende por liberación, la superación de la esclavitud del pecado y de todas sus consecuencias, como son el hambre, egoísmo, miseria, enfermedad, se llega a un sentido pleno de liberación.

Entender la liberación en su sentido pleno significa ser consecuentes en asumir las implicancias políticas de la acción pastoral de la Iglesia. Estas implicancias se expresan en la opción por los oprimidos. Si no llegamos a esto, nos quedamos en bellas palabras, pero sin una significación en la transformación de la sociedad. Hablar del compromiso con pobres y oprimidos, es también ser fieles a una llamada a la pobreza evangélica. Medellín nos ayuda a descubrir las exigencias de la pobreza en nuestro contexto latinoamericano. La pobreza no es meramente un ejercicio de austeridad interior; pobreza evangélica es comprometerse en la transformación del mundo y en el cambio de las estructuras, es —como lo dice el documento de Evangelización— "asumir voluntariamente una vida de austeridad que sea signo de nuestra solidaridad con los que sufren", es igualmente "un compromiso consciente y eficaz orientado a la superación de todo aquello que en nuestra sociedad rebaja al hombre".

Al terminar este balance de cinco años en la Iglesia peruana, podemos decir que gran parte del avance de nuestra Iglesia podemos atribuirlo a Medellín. Ese acontecimiento marca el comienzo de un proceso de maduración, para algunas corrientes en la vida de Iglesia, pero que no ha alcanzado todavía plenitud.

## **DR. ROLANDO AMES**

Retomo una idea esbozada por Mons. Schmitz: estamos reunidos para celebrar Medellín. Es decir, Medellín es objeto de nuestra celebración, porque a pesar de sus límites y valores, simboliza un esfuerzo y un espíritu nuevo que sopla en la vida actual de la historia latinoamericana.

Medellín ha sabido incorporar en el ámbito de la reflexión teológica, el aporte de las ciencias sociales al tomar en cuenta los aspectos históricos y estructurales de la realidad en función de la evangelización. Aunque las ciencias sociales no son una "varita mágica" para resolver problemas, sí aportan luces sobre lo que es la vida social y las exigencias planteadas a una fe que quiere lograr cambios reales en la sociedad. Así el concepto de la conversión, adquiere sus dimensiones reales y es consciente de las condiciones materiales de la sociedad. Las transformaciones materiales son como una prolongación de la conversión.

Finalmente no podemos desestimar la importancia de Medellín y de los documentos posteriores del Episcopado, porque establece los términos, a partir de los cuales, la Iglesia quiere que sea juzgada su acción. Este es el valor de las palabras y de los documentos. Si es verdad que las palabras, por sí solas, no aseguran los gestos, sin embargo nadie puede negar que Medellín está en el diámetro opuesto a ligar lo cristiano con las formas institucionales del statu quo.

Mons. Schmitz ha destacado también el carácter comunitario, eclesial, de esta toma de conciencia. La Jerarquía, al interior de esta comunidad, percibe también su misión, no sólo como imposición de normas y directivas, sino también como interpretación de las experiencias que vive el pueblo de Dios. De aquí surge la responsabilidad de todos los cristianos, sobre todo de aquéllos que se encuentran ubicados en los lugares clave en que se lucha por la justicia; y la necesidad de canales de comunicación de las clases populares con la Jerarquía, para que la Iglesia exprese a los pobres y sea una fuerza de liberación.

## **GUSTAVO GUTIERREZ**

Se ha hecho alusión a la asamblea zonal de agentes pastorales. Una de las ideas más centrales del documento de evangelización, y nuevamente repetida en otras reuniones y textos es que el anuncio del evangelio supone una opción por los pobres, por los oprimidos, por la clase explotada. Surge de inmediato una objeción: si la evangelización es el anuncio de la Palabra del Señor a todos los hombres la opción por el oprimido parece constituir una limitación a una clase social; habría pues una contradicción entre la universalidad del evangelio y la particularidad de la opción por una clase social. La respuesta a esta objeción nos recuerda que la evangelización se hace a partir de una opción, pero para el anuncio a todos. Es decir, el punto de partida de la evangelización es la opción. Esta opción "colora" nuestra manera de anunciar la palabra, pero no niega su universalidad.

Hay que ser, además, consecuentes, cuando se dice que hay que hacer una opción por el pobre; porque esto supone una real conversión. No se trata de mejoras pastorales de barniz, de un maquillaje de modernización y de moda; sino de una auténtica conversión, del abandono de un mundo cultural, de una nueva manera de entender las cosas de este mundo. El mundo del pobre, es —por mucho que nos sintamos solidarios con él— un mundo ajeno a nosotros. Solidarizarnos real y efectivamente con él significa cambiar de ambiente. La conversión evangélica, tan esencial en el anuncio de la Palabra, la hemos entendido como un proceso individual, y no como un rompimiento con cultura, ambiente familiar y social. Optar por el pobre es tener este estilo de conversión.

En la medida en que profundicemos en la conversión, tendremos una relectura del evangelio. Este es siempre el mismo, pero no es la misma manera de leer. Leemos a partir de nuestras experiencias humanas, y sólo a partir de esta relectura, encarnada, anunciamos la Palabra.

No se trata, por tanto, cuando se habla de evangelización, de referirse a la proclamación de un evangelio que ya entendemos desde siempre y en manera siempre igual, sino de releerlo a partir de los problemas y conflictos de la clase popular, para poderlo anunciar a la universidad de todos los hombres.

Evangelizar es anunciar la buena nueva, y este anuncio es convocar a la Iglesia, a la asamblea, a la comunidad. El evangelio reúne en comunidad de fe. Se trata de evangelizar para lograr una Iglesia nuevamente reunida a partir de una opción por el oprimido.

## PREGUNTAS

1. ¿No hay distancia entre los documentos de la Jerarquía y sus actitudes ante problemas concretos, v.g. huelgas, represiones?

Mons. Schmitz: la iglesia peruana está en un lento proceso de aprendizaje, como la Iglesia en el mundo entero. Pero a la pregunta, podría señalar tres datos como respuesta: 1. No todas las intervenciones de la Jerarquía se dan a un nivel público; hay gestiones directas que parecían, en algunos casos, más convenientes para resolver un conflicto; 2. No ha existido un silencio completo y total. El Episcopado ha hecho denuncias bien claras sobre abusos y represiones. Recordemos, por ejemplo, el número 20 del texto de Justicia en el Mundo: "Frente a actitudes de las autoridades inmediatas al pueblo, que se preocupan más de reprimir la crítica a las incoherencias internas —naturales a todo proceso de cambio— que de examinar la objetividad de tales denuncias, creemos oportuno señalar la exigencia de una nueva actitud y la búsqueda de nuevas formas de ejercicio de la autoridad." Finalmente 3, y sin que esto signifique querer descargar nuestra culpa y responsabilidad, no podemos olvidar que la responsabilidad ante cada hecho concreto es común a todos los cristianos, a todo el pueblo de Dios.

2. ¿No parece que la Iglesia se hubiera quedado sólo en el diagnóstico de la realidad latinoamericana, pero no hubiera avanzado hacia acciones concretas?

Mons. Schmitz: En mi exposición he preferido hablar más que de metas logradas o realizaciones, de tendencias. Pero estas tendencias se están marcando con acciones y hechos. No estamos, creo, sólo en puros análisis de la realidad.

**Dr. Ames:** Es cierto que en la conducta global de un episcopado, del peruano y de cualquier otro, habrá siempre lagunas, contradicciones, incoherencias, ritmos diferentes de percepción de problemas y de compromiso; es verdad también que habrá distancia entre los textos y la acción; pero no es verdad lo que, al margen de la intención del preguntante, queda como imagen de una Iglesia que no ha hecho absolutamente nada y que se hubiera quedado en meros análisis de realidad. En nuestra iglesia existen, y cada vez más, grupos de cristianos que asumen compromisos muy profundos y serios, gestos muy audaces de solidaridad con las clases populares. Y estos grupos son acogidos dentro de la Iglesia, pertenecen a ella. Podrá discutirse todo lo que se quiera la acción concreta, pero no se ha roto el diálogo, aunque sea difícil. Juzgo que esto es un valor muy positivo, sobre todo cuando consta que en otros contextos políticos, mucho más ligados al orden establecido, gestos de cristianos mucho más moderados, no han sido respaldados por la Jerarquía. Esto significa que algo está cambiando realmente en nuestra Iglesia peruana.

**3. Las gestiones de trato directo, ¿no corren el peligro de complicidad con el poder? No basta que la Iglesia o la Jerarquía sea comprometida, debe aparecer también como tal.**

**P. Gutiérrez:** Creo que hay pruebas de que la Iglesia no sólo trata de aparecer, sino que es realmente lo que quiere aparentar. Recordemos, por ejemplo, el aporte del Episcopado al Sínodo. Define una línea que compromete para la acción. No olvidemos que se trata de un texto eclesial, y por tanto ante él, la pregunta correcta no es ¿qué hacen los obispos? sino ¿qué somos capaces nosotros de hacer? Se ha citado hechos concretos en los que no ha aparecido una voz de la Jerarquía, pero junto a esos hechos hay otros en que ha existido una palabra bien clara, de obispos, sacerdotes y comunidades cristianas. Por eso diría, que en lo complejo de todo proceso histórico, —un proceso que va más allá de las voluntades personales— hay un esfuerzo, con limitaciones y lagunas, del conjunto de la Iglesia por situarse en un proceso de liberación. Es bueno señalar lo que falta, y es muchísimo; pero es justo, también, reconocer los pasos dados.

**4. Monseñor Schmitz afirma que la inquietud es ya una respuesta, ¿no es esto insuficiente?**

**Mons. Schmitz:** Ciertamente es insuficiente si es la única respuesta a Medellín. Y aun así, habría que decir que si existe esta inquietud algo es, cuando sabemos de muchas comunidades eclesiales que no se han sentido interpeladas por Medellín ni han hecho surgir inquietudes en su seno. He afirmado, sin embargo, que hay otros niveles de realizaciones. Yo me he referido a las de tipo pastoral, pero creo que no hay que olvidar hechos de tipo social o político. Finalmente no olvidemos, insisto en esta idea, que los documentos son compromisos públicos. Por ellos queremos ser juzgados nosotros, son un desafío que nos compromete. Cuando contemplamos los 4 largos siglos de historia de la Iglesia, no podemos extrañarnos que cinco años de Post-Medellín no hayan transformado totalmente nuestra Iglesia.

**5. El P. Gutiérrez afirmó ayer que el hablar constituye un gesto. ¿Qué valor tiene este gesto si no hay un compromiso que lo rubrique?**

**P. Gutiérrez:** Ayer dije que si los compromisos concretos y la vida no rubrican la palabra, ésta no vale. Pero dije también, que en determinadas circunstancias, las palabras por sí mismas, son gestos. A muchos, en este

continente, por hablar los matan. No se trata, por tanto de que se hable, sin coherencia ninguna con la vida; pero tampoco se trata de menospreciar el poder de la palabra. Algunos no han tenido tiempo de hacer nada, sino sólo de hablar y han muerto. Pienso en concreto en Enrique Pereira Nieto, sacerdote de 27 años, con 3 años de sacerdocio. No tuvo tiempo de hacer, sino sólo de hablar y tuvieron tiempo de matarlo.

**6. ¿Cómo explicar el hecho de que Medellín haya suscitado desconfianzas en ciertos sectores de la Iglesia latinoamericana y que se haga una activa campaña contra la teología de la liberación?**

**P. Gutiérrez:** La desconfianza ante Medellín y la campaña contra la teología de la liberación tienen una raíz común, el temor de que a través de la teología se introduzcan algunas ideas sospechosas de infiltración marxista. Estamos tan acostumbrados a separar lo religioso de las realidades humanas, que en el momento en que se unen se produce una mezcla explosiva. Si ligo la liberación de Cristo a un proceso histórico, se desata una enorme fuerza de transformación. Pues bien, lo que ciertos sectores de Iglesia pretenden con el desprestigio de la teología de la liberación es cortar esa fuerza liberadora del evangelio y lo hacen de dos maneras, o diciendo que es marxismo, o que se trata de una reducción a lo puramente humano (el famoso "horizontalismo"), olvidando que Pablo VI en un texto citado ayer, nos habla claramente de que el acercamiento al otro es acercamiento al Señor. En la tradición cristiana, nunca hemos tenido problemas para hablar del encuentro con Cristo en el pobre, pero cuando traducimos el pobre como oprimido, y cuando hablamos de una clase explotada, y mucho más, cuando hablamos de una lucha contra la clase explotadora y que se da allí el encuentro con el Señor, entonces tenemos miedo de haber ido demasiado lejos. No queremos aceptar el encuentro con el Señor en un pobre ubicado en una clase social y que lucha por su liberación. Comprendo perfectamente que exista una campaña contra la teología de la liberación, porque ésta toca realmente los puntos neurálgicos del problema. Si no la hubiera, si no existiera una lucha contra esta teología, creo que sería tal vez mejor cambiar de teología, pues querría decir que la teología de la liberación no tiene ninguna significación liberadora.

**7. ¿Cuál debe ser la actitud de los cristianos ante el futuro del país?**

**Mons. Schmitz:** El episcopado no puede señalar recetas políticas, sino líneas generales, material de reflexión que permita a la comunidad cristiana el poder actuar. Pablo VI dice bien claramente que la misma comunidad cristiana debe optar sin esperar directrices muy concretas: "Frente a situaciones tan diversas, nos es difícil pronunciar una palabra única, como también proponer una solución con valor universal. No es esta nuestra ambición, ni tampoco nuestra misión. Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción según las enseñanzas sociales de la Iglesia tal como han sido elaboradas a lo largo de la Historia..." (Octogésima Adveniens, 4).

Por eso, he hablado al referirme al documento de evangelización, de un documento eclesial, que recoge el esfuerzo de interpretación de la realidad por parte de la comunidad misma. Insisto aquí, en la necesidad del diálogo entre la Jerarquía y el pueblo de Dios. A veces, la respuesta de la Jerarquía no es acertada o rápida, porque ella ignora la situación real que se está dando;

otras veces, la comunidad pide a los obispos que respalden un gesto concreto, sin que el episcopado esté informado del problema. Cuando este diálogo ha existido, ha habido compromiso por parte de los Obispos, como es el caso de algunas huelgas, o la declaración de los obispos auxiliares sobre el problema de invasiones de terrenos.

**P. Antoncich:** A modo de conclusión quisiera recoger algunas de las ideas expresadas en estos días: estamos reunidos para recordar y celebrar Medellín, es decir, agradecer al Señor por lo que este acontecimiento ha significado de vitalización para nuestra Iglesia y las iglesias latinoamericanas. Como ha sido explicado el primer día, las condiciones de la situación latinoamericana han cambiado con relación al mensaje de cinco años atrás. Nos acosa la tentación de negarnos a ver la gravedad de los problemas, de olvidar la dura y difícil realidad de América Latina, y de esta manera superar la angustia que produce la impotencia de realizar un rápido cambio. Tengamos la honestidad de ver la realidad, y la esperanza para mirar el futuro. Por otro lado, la audacia y es compromiso de intentar soluciones creadoras.

En esta línea de búsqueda se están dando esfuerzos serios y reales por preparar una Iglesia que responda a este desafío. Pero estos esfuerzos no son aún suficientes. Queda mucho por hacer.

En este proceso, este breve alto en el camino para celebrar Medellín, es al mismo tiempo recuerdo por el que miramos al pasado, y también es compromiso ante una tarea que hacer para el futuro.

# **INDICE**

<b>PRESENTACION</b>	<b>3</b>
<b>IGLESIA Y REALIDAD SOCIAL LATINOAMERICANA EN MEDELLIN Rolando Ames</b>	<b>5</b>
<b>SIGNIFICADO DE MEDELLIN PARA LA IGLESIA LATINO- AMERICANA Gustavo Gutiérrez</b>	<b>13</b>
<b>SIGNIFICADO DE MEDELLIN PARA LA IGLESIA EN EL PERU Mons. Germán Schmitz, Obispo Auxiliar de Lima</b>	<b>23</b>

